

Darwy Berty - Agua Hervida

Ella era pobre como una araña. Sólo le quedaba ese hijo de un amor también miserable, abandonada, su rostro continuaba en el espejo las resquebraduras de los golpes de la vida. Allí, a la orilla del río, en su rancho, solía jugar largamente con su niño hasta que aparecían las primeras estrellas. Pero hoy el niño no jugaba. Estaba enfermo. "Habrà sido el pescado frito", se dijo la madre. De lo lejos venían sobre el agua voces confusas, acaso pescadores que desde sus canoas lanzaban redes, acaso fantasmas. Salió a la noche a juntar yuyos para el empacho. "Con un poquito de payco y de yerba del lucero se le pasará", pronosticó mientras sus manos buscaban entre las sombras aquellas hojas salvadoras.

Un fuerte olor a yerba hervida llenó el rancho. Dio de beber al niño en pequeños sorbos y puso todas sus esperanzas en aquel líquido oloroso con color de miel. Pero de nada sirvió, la noche se hizo dura con los quejidos del niño, con el aullido de los perros y los alaridos lejanos que venían del medio del río.

Ni bien amaneció, se fue al "Centro Asistencial" que estaba del otro lado de la Avenida, a unas diez cuadras de su rancho. Fue la primera en llegar. A los minutos apareció la enfermera, que abrió la puerta. Le dijo que se sentara. Le preguntó por el chico. "Debe ser un empacho no más", asintió casi doctoralmente. Habían aparecido más gentes. El dolor se hizo más grande en la sala. Lloriqueos, miradas lastimosas, ojos vidriosos de fiebre. "Los amaneceres del pobre", pensó el doctor al entrar y ver ese pequeño escenario de la enfermedad. Hacía apenas unos meses que se había recibido. Su juventud le permitía ser sentimental. Sus colegas más veteranos no le perdonaban esa inocencia. Atendió al hijo de la mujer del río. "Hágale unos enemas con agua hervida", le dijo pensando que esa mujer no tendría ni para comprar un "Uvasal". "una flor de empacho, nada más", agregó, para calmarla. "Los pobres también son sentimentales", se confesó para sus adentros al mirar tan de cerca aquel rostro de la madre.

Ya estaba por ser la una en el reloj de la pared. El doctor fumaba un cigarrillo, esperando que la flecha alcanzara la pequeña rayita negra, para irse. La enfermera acomodaba las jeringas, los estuches, todas las piezas de ese juego contra la muerte, cuando de pronto entró, el rostro convulsionado, con el niño en los brazos, la mujer del río. El niño parecía como achicharrado por adentro, con los bracitos y las piernas encorvados y el rostro desencajado en un dolor inaudito, como cristalizado: _";Doctor,

doctor, se muere mi hijo!", gritó la mujer, desesperada. El doctor tomó al niño en sus brazos y comprendió en el acto toda la terrible tragedia, más cruel cuanto irónica. "Qué le ha hecho usted a la criatura", empezó a decir con rabia decreciente, a medida que comprendía la gravedad de su oficio, el malentendido de vivir, y que frente a la muerte no hay causas pequeñas. Ella respondió, entre lágrimas, que sólo había hecho lo que el doctor le ordenó", afirmó.

_ "Le puse enemas de agua hervida", afirmó.

_ "No -corrigió el doctor con una tristeza que había que escuchar, no leer- no, usted no le hizo enemas con agua hervida, sino con agua hirviendo". Afuera el sol estaba en el cenit y parecía que la vida entera, el mundo entero se había detenido.